

HOMILÍA XV DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2013 CICLO “C”

La encíclica del Papa Francisco “Lumen Fidei” (La luz de la fe)

Conocéis ya la primera Encíclica del Papa Francisco. Se la agradecemos. Os invito a leerla y meditarla como broche final y conclusión hermosa del Año de la fe que estamos celebrando, y que será clausurado el 24 de noviembre de este año, si Dios quiere.

Recordemos que el Año de la Fe fue pensado y promovido por el Papa Benedicto XVI para impulsar la Nueva Evangelización de la que tan necesitados están nuestros pueblos y naciones.

La encíclica “La Luz de la fe” completa el cuadro de las virtudes teologales que Benedicto XVI había iniciado con sus encíclicas sobre la esperanza y la caridad, pensando en dejar la fe para este momento: el cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II, celebrado con el Año de la Fe.

La encíclica que lleva como autógrafo en todas sus versiones la sencilla palabra “Franciscus”, fue firmada el 29 de junio, fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo. Es un libro de 88 páginas. Tiene cuatro capítulos, a los que se añaden una introducción y una conclusión.

- Introducción

- El primer capítulo: “Hemos creído en el amor”. La encíclica habla de "Abrahán, nuestro padre en la fe; la fe de Israel; la plenitud de la fe cristiana; la salvación mediante la fe; y la forma eclesial de la fe".

- El segundo: “Si no creéis, no comprenderéis”. Se centra en "Fe y verdad; amor y conocimiento de la verdad; la fe como escucha y visión; diálogo entre fe y razón; fe y búsqueda de Dios; y fe y teología"

- El tercer capítulo: “Transmito lo que he recibido”. Trata de "La Iglesia, madre de nuestra fe; los sacramentos y la transmisión de la fe; fe, oración y decálogo; y unidad e integridad de la fe"

- El cuarto capítulo: "Dios prepara una ciudad para ellos". Se pone el acento en "Fe y bien común; fe y familia; luz para la vida en sociedad; y fuerza que conforta en el sufrimiento". Concluye subrayando que "no nos dejemos robar la esperanza, no permitamos que la banalicen con soluciones y propuestas inmediatas que obstruyen el camino, que «fragmentan» el tiempo, transformándolo en espacio. El tiempo es siempre superior al espacio. El espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza".

- Conclusión: “Bienaventurada la que ha creído”.

1.- Las Lecturas

*** Libro del Deuteronomio 30,10-14.** El autor sagrado nos invita a recordar el mandamiento de Dios y a cumplirlo.

*** Salmo Responsorial 68.** Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón.

*** Carta de San Pablo a los Colosenses 1,15-20.** Todo fue creado por Él y para Él. Cristo, que vino del seno del Padre, se acercó amorosamente a la humanidad caída, como buen samaritano para redimirla del pecado, de la ley y de la muerte en la cruz.

*** Evangelio según San Lucas 10,25-37.** ¿Quién es mi prójimo? Ayudar al prójimo es colaborar en la construcción de una sociedad fundamentada en el amor.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Los heridos en el camino de la vida

En nuestros días hay muchas personas tiradas en la cuneta de la vida. Son los rostros nuevos de la pobreza y de la miseria actual: los empobrecidos, los despojados de su dignidad, los maltratados, los excluidos, los emigrantes, los encarcelados, los que no tienen trabajo ni casa donde vivir, los que no tienen alimento para comer, los enfermos solos, los ancianos abandonados y dejados a su suerte, las víctimas de la guerra, de la violencia...

“Escuchemos el clamor de los que mueren de hambre en el Tercer Mundo, de los que están en paro, de los mayores solos y de los enfermos, de los desahuciados y víctimas de la violencia, que sientan el amor y la cercanía de todos nosotros a través de nuestro compromiso solidario” (Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal Española, “Eucaristía y caridad”; n.9; 2-VI-2013).

2.2.- ¿Qué nos dicen estos hermanos necesitados?

Ellos y ellas nos dirigen sus gritos de dolor pidiéndonos ayuda y hacen llegar hasta nosotros su clamor suplicándonos auxilio para salir de las situaciones tan penosas, tan dolorosas, tan trágicas, en las que se encuentran...

Ellos y ellas nos miran con gestos y signos de sufrimiento rogándonos que los escuchemos, los socorramos, los ayudemos a levantarse de la miseria y postración en que se encuentran, les demos

esperanza, les hablemos con amor y respeto, les regalemos algo de nuestro tiempo y amistad, compartamos con ellos nuestros bienes...

Ellos y ellas tienden hacia nosotros sus manos abiertas y vacías, como las de un niño, esperando ser acogidos y amados, acompañados y alentados, socorridos y ayudados a levantarse y a caminar...

Ellos y ellas, sin hablar, denuncian las injusticias y las violaciones de los derechos humanos que producen tanto dolor y sufrimientos...

2.3.- Nuestra respuesta

“La Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades, y pretende servir en ellos a Cristo” (LG 8).

¿Qué nos dice este texto a nosotros?

La Asamblea Sinodal de nuestra diócesis (Noviembre de 1987) aprobó el siguiente compromiso: “La Iglesia ha de optar por ser Iglesia pobre y solidaria con los pobres, asumiendo su causa y sus problemas y colaborando en resolver estas situaciones y, a la vez, preparando personas que sirvan a los pobres desde la gratuidad y el compromiso cristiano, a imitación de Jesucristo” (propos. n.84).

¿Qué hemos hecho de este texto nosotros?

La fe cristiana ha de impulsarnos a amar al prójimo con un amor que nos lleve a compartir nuestros bienes con los empobrecidos para que a nadie le falte lo necesario para vivir. Vivamos sencillamente para que otros, sencillamente, puedan vivir. San Pablo dice que “la fe actúa por la caridad” (Gál. 5,6), y recuerda que toda la ley se cumple en una sola frase: “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gál.5,14). No olvidemos que estar junto al pobre y ayudarlo no es solo ejercicio de solidaridad, sino ante todo una realidad espiritual ya que es un encuentro con el Señor que está de manera real y misteriosa presente en el pobre: “Tuve hambre y me disteis de comer...” (Mt.25, 35).

La fe cristiana ha de movernos a procurar y defender la igualdad de todos de tal modo que “al que recoge mucho no le sobre y al recoge poco no le falte” (cf. II Cort.8,7-15).

La fe cristiana no se manifiesta sólo en tareas de primera asistencia. La fe que actúa por la caridad debe manifestarse en lucha por la

justicia y en acciones transformadoras de la sociedad y de sus mecanismos para que sean justos y solidarios.

Benedicto XVI enseña a este respecto: “Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones a favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos” (“Porta Fidei”, 13). “La fe y la caridad se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino” (Ibd. 14).

El Año de la fe que estamos celebrando es una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad, como nos lo pide el objetivo central del Plan pastoral de nuestra Diócesis para este curso: “transmitimos la fe viviendo la caridad”.

2.4.- Las “Caritas”

Es el momento propicio para hacer un llamamiento a instaurar Caritas en todas las parroquias como expresión visible del amor de la comunidad cristiana hacia los necesitados. De igual modo, llamamos a todos para renovar Caritas. Invitamos una vez más a los cristianos para que participen en Caritas.

2.5.- Imitemos al buen samaritano

Hagamos como el buen samaritano del evangelio:

* **Escuchemos** el grito de dolor y de sufrimiento de los que están heridos y caídos en el camino de la vida. No cerremos nuestros oídos ni nos mostremos indiferentes ante ellos.

* **Acerquémonos** a ellos con amor y respeto. No tomemos otro camino para no encontrarnos con ellos.

* **Vertamos** en sus heridas el bálsamo de la caridad y del amor que sana y cura esas heridas y alivia los sufrimientos.

* **Carguemos** a esos hermanos sufrientes en nuestros corazones y en nuestras manos. No los dejemos solos ni abandonados. No los dejemos tirados en la cuneta de la vida.

* **Encarguémonos** de ellos y quitemos las causas de esos sufrimientos y heridas.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

La celebración y contemplación de la Eucaristía, “sacramento de la muerte y de la resurrección de Cristo”, ha de ayudarnos a vivir el servicio de la fe y de la caridad como dos dimensiones de una misma realidad.

“Oremos para que la participación en la Eucaristía nos provoque siempre a seguir al Señor cada día, a ser instrumentos de comunión, a compartir con Él y con nuestro prójimo lo que somos. Entonces nuestra existencia será verdaderamente fecunda” (Papa Francisco, “Homilía en la Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo”; 30-V-2013).

Terminamos.

Unidos en la oración

Cáceres. 8 de julio de 2013.

Florentino Muñoz Muñoz